

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

EL PROCESO ELECTORAL EN LOS ESTADOS UNIDOS

Las elecciones del 7 de noviembre de 1972 han demostrado sobre todo una cosa: el funcionamiento de la democracia en los Estados Unidos. Quiero decir la existencia de una opinión pública que es quien ejerce realmente el poder, que no tolera imposiciones ni cede a caprichos; una opinión fundada en un sólido sistema de vigencias, que posee una estructura y no se deja más que rizar por ningún viento.

Parece evidente que George McGovern ha perdido porque ha querido. No significa esto que no hubiese podido perder en todo caso, porque la fuerza del presidente en ejercicio es muy grande, las realizaciones de Richard Nixon han sido considerables, y el delicado momento por el que estamos pasando en el mundo no hacía muy deseable un cambio de equipo en medio de una difícil operación. Estas causas hubieran podido dar la victoria a Nixon, pero por un escaso margen; el abrumador desnivel de las votaciones indica que han pesado otras razones, que el cuerpo social americano ha rechazado la propuesta de McGovern.

Algunos dirán que se trata de la influencia del dinero, de los poderosos, de la gran industria, de los grupos más conservadores; lo dirán, pero no dirán verdad. Recuérdese lo que aconteció en 1964, cuando Goldwater, candidato republicano, sufrió una tremenda derrota, la única comparable a la de McGovern. Esta vez fue el partido contrario el vencido y casi deshecho, lo cual prueba que no se trata de una influencia singular, sino del torso político que reacciona energicamente en una dirección o en otra, que no acepta lo que no responde a la verdad política de la nación. Los republicanos se encapricharon en 1964 con una actitud reaccionaria, aislacionista, elemental, utópica; la sociedad americana pasó arrolladamente sobre ese capricho, que costó tan caro al partido. Ahora, la candidatura demócrata a la Presidencia ha cometido un error equivalente: McGovern se ha obstinado en una actitud crítica, negativa, obsesivamente demodora de todo lo que hace el Gobierno actual, y por implicación de las líneas generales de la vida americana. No ha hecho otra cosa que atacar monótona e hiperbólicamente a Nixon, acumulando exageración y, por tanto, inverosimilitud, hasta conseguir que no se tomase en serio ni la porción justificada de su crítica. Los electores americanos han reaccionado frente a él como hace años frente a Goldwater; diciendo simplemente: «No juego».

Una prueba más es que el partido demócrata como tal no ha sido derrotado: representantes, senadores, gobernadores han sido ampliamente elegidos. Un altísimo número de electores siguen siendo demócratas; muchos de los no afiliados simpatizan con este partido; pero innumerables individuos de uno y otro grupo han votado a Nixon, entre ellos buena porción de los universitarios y una fracción enorme de los jóvenes que estrenaban el voto.

Es de suponer que el partido demócrata aprenda la lección; que también él se entere por dura experiencia de que la socie-

EL DESENLAZCE

dad americana no se deja hacer, no tolera la demagogia —ninguna demagogia—, ni soporta las imposiciones autoritarias. Johnson, hábil político, comprendió hace cuatro años que la opinión estaba enfrente y se anticipó a los acontecimientos no presentándose a la reelección; vio claramente que su hora había pasado, que existía en el país una repulsa profunda a su estilo y algunos rasgos de su política —aunque ciertos logros suyos no fueran nada despreciables—, que había una «voluntad» nacional movilizadora contra él, y sacó las consecuencias oportunas.

Nixon, que tiene pocas simpatías en los Estados Unidos, cuya gestión no es aprobada más que con muchas reservas, ha tenido sin embargo una de las victorias más espectaculares de la historia política de su país. Para ganar no ha tenido más que estarse quieto, decir lo menos posible y esperar. Esperar, ¿a qué? A que su adversario se suicidase políticamente presentando con obstinación una imagen de los Estados Unidos en que el pueblo americano no se reconoce. Es la sugestión del «anti-americanismo» lo que ha determinado la enorme derrota demócrata; el haber aceptado frívolamente los tópicos lanzados por una inmensa maquinaria de propaganda que actúa sobre el mundo —y que no tiene comparación posible en la historia.

Ha habido un momento en que ha parecido que iba a «prender» incluso en los Estados Unidos; que éstos iban a caer en la trampa, iban a creer lo que intencionadamente se dice de ellos, y que es lo contrario de la crítica: la indiscriminada repulsa, la difamación de lo malo y de lo bueno (especialmente de lo bueno). Ya hace algo más de un año tuve la impresión de que el peligro no era tan grave, de que la tentación se estaba venciendo. El 7 de noviembre prueba que era así: la colosal votación a favor de Nixon ha sido la movilización de los «anticuerpos» segregados por el cuerpo social americano en presencia de una toxina que no ha sido una infección, sino que se ha quedado en una saludable vacuna. Se ha repetido una reacción análoga a la que hacía 1954 experimentó la sociedad norteamericana frente al senador Joseph McCarthy (sin que esto signifique, por supuesto, una comparación de él con el senador George McGovern, figura incomparablemente más estimable y simpática, víctima tan sólo de un contagio al cual no ha sabido reaccionar adecuadamente).

Yo desconfío de los que en circunstancias normales dicen que «todo va muy mal» en un país —o en el mundo—. Suelen inducir un pesimismo que lleva a la inacción y la falta de entusiasmo; engendran una reacción de plañideras, la menos fecunda de la historia. Además, hacen que la gente se aclimate a ese general sentimiento de que todo es malo, y pierda la capacidad de alerta para lo que realmente está mal, y sobre todo para lo que puede ser peor. Cuando se está persuadido de que el contorno es deplorable, no hay defensas para lo que puede venir, tal vez cien veces más grave. La maníaca atención hacia lo negativo, que puede ser una mancha localizada en un

campo esperanzador y lleno de realidades estimulantes, desflora la visión y hace que las condiciones comparativamente excelentes sean «deploradas», lo que en fin de cuentas es escandaloso cuando se mira la totalidad del mundo. Lejos de ser una reacción eficaz y energética, de inconformismo y resistencia al mal, se convierte en una actitud narcisista y pasiva, propia de niños mimados.

Mientras la humanidad entera ha vivido milenios y milenios —largos siglos en épocas históricas— en circunstancias difíciles y penosas, luchando esforzadamente con todo género de adversidades, con entusiasmo y surtidores de alegría en el fondo del alma, asistimos hoy al espectáculo de sociedades en tantos sentidos privilegiadas, llenas de recursos, con facilidades que nunca se pudieron soñar, con libertad que sólo gozaban en otro tiempo los ermitaños o los poderosos, convertidas en congregaciones de agoreros, de criaturas que lloran porque el mundo no es el paraíso o que patelean históricamente y rompen la casa que unas cuantas generaciones habían levantado con fatiga y entusiasmo.

Esto es, si no me equivoco, lo que los americanos empiezan a no soportar, lo que ha promovido esta increíble votación que —repárese en ello— ha dado al mismo tiempo la victoria a los cuadros del partido demócrata. Creo que el rechazo se ha concentrado sobre una imagen que, lejos de ser una empresa, era el desánimo frente a las empresas en marcha o las que se puedan inventar. Y esto, a pesar de que el programa del partido republicano no es especialmente atractivo, no encierra demasiada imaginación, se limita a algo necesario pero insuficiente: seguir adelante.

Las votaciones tienen una gran virtud: muestran lo que es la realidad, y que no suele coincidir con lo que se dice y supone. Cuando parecía que la Iglesia católica era profundamente reaccionaria —en especial la jerarquía—, bastó que empezasen a votar en el Concilio Vaticano II los obispos, arzobispos y cardenales para que se descubriera que no era así, que estaban sedientos de libertad y transformación. Cuando se decía que los americanos están terriblemente descontentos y frustrados, que sienten desprecio por su país, resulta que no aceptan esa imagen y vuelven la espalda a quien lo propone. Cuando se da por supuesto que los jóvenes quieren destruirlo todo, las cuentas muestran que esto sólo les pasa a unos pocos, y a la mayor parte de ellos tampoco les pasa, sino que alguien se lo ha dicho y por un momento lo han creído, o han pensado que debían quererlo.

Lo importante es que una sociedad pueda tomar en sus manos su propio destino, decidir y expresar lo que quiere, hacer cuentas claras y no contentarse con lo que «se dice», ni en los altavoces oficiales ni en los murmulos de la clandestinidad. Un excelente lema político podría ser éste: «Con verío, basta».

Julián MARIAS

BUENA EDUCACION

La sinceridad y sus contrarios

DE hecho, «ser sincero» equivale a «ser mal educado». No le den ustedes vueltas al asunto: como lo digo. Cuando un individuo de nuestra relación se engaña con la excusa de la «sinceridad», hay que echarse a temblar: nos endilgará las peores impertinencias y hasta hará lo posible por ponernos en más de un aprieto. «Ser sincero» constituye un truco odioso: créame. Así, de entrada, parece que la «sinceridad» es una virtud egregia. Lo que se dice «cantar las verdades» a diestro y siniestro, y caiga quien caiga, da la impresión de ser un trámite higiénico muy respetable. Pero... En general, el fulano que se arroja tan noble actitud hace trampa. Juega con ventaja. Cuenta con que su interlocutor no reaccionará a su estilo: que no le replicará en el tono insolente que él se gasta. Podemos hacer la prueba con el primero que se presente: cuando a una «desvergüenza» se contesta con la «desvergüenza» paralela, el ataque se desinfla a una velocidad gloriosa. También puede enconarse con una progresión de rabia y de desfachatez. Es muy probable. Sin embargo, lo más frecuente es que el «sincero» haga marcha atrás. Su petulancia, a menudo, descansa en la cobardía, aunque parezca una paradoja. En igualdad de condiciones no hay «sinceridad» que resista la malicia de la «sinceridad» contraria. Porque todos tenemos la cola de paja.

«¡Tú eres un tal!», nos grita el vecino. Muy bien: no lo niego, y soy «sincero» —conmigo mismo, que es la única «sinceridad» que vale—. Pero si los reflejos son ágiles y la información correcta, el disparo inmediato será: «¿Y tú? ¡Tú eres un cual!». Lo normal sería el empate, a base de exhibir una mayor o menor cantidad de trapos sucios... Habitualmente, la «sinceridad» se practica en familia, y nada hay más horrendo que una discusión doméstica, entre parientes

cercanos, cercanísimos, porque el intercambio de obscenidades llega a extremos impresionantes. Fuera de esta área privada, las polémicas «coram populo», en la tertulia, en la oficina, en las páginas de los periódicos, derivan hacia una forma de indecencia total. El freno es ser más «indecente» que el contrincante: apabullarse con un reproche más grueso, para «compensar»... Huelga decir que este insidioso tejemaneje sólo se aguanta a partir de una común aquiescencia en determinado cupo de valores morales. Ser «un tal» será denigrante desde una convención ética concreta; ser «un cual» lo mismo, y desde esa precisa y misma convención. El cruce de insultos, a menudo, o casi siempre, una triste circunvolución de estupideces tremendamente «familiar». Otra cosa sería, o es, cuando el enfrentamiento supera la anécdota personal y se plantea a nivel de clase o de ideología...

Un escrúpulo notable se impone. ¿Hasta qué punto la «buena educación» no viene a ser, en definitiva, una defensa contra los ex abruptos de la «sinceridad»? La «sinceridad» —y nadie se llame a engaño acerca del asunto— no suele ser más que una forma de «regüeldo» ligeramente conceptualizada. Regüeldo o eructo, y don Quijote y Sancho ya discutieron la elegancia del vocablo: la realidad fisiológica no variaba. La «buena educación» es un invento dirigido a paliar la molestia del eructo ajeno, a condición de dominar el propio. De ahí a las demás reglas de «etiqueta» que practique el vecindario, sólo hay una distancia del palmo. Hay «etiquetas» rurales tan firmes, o más, que las aristocráticas. Una vez fui padrino de pila del hijo de un amigo de toda la vida, y al salir de la iglesia, mi amigo y yo abandonamos el tuteo para hablarnos de usted: nos habíamos convertido en «compadres» gracias al sacramento, y nuestro trato, según

las leyes de la tradición, debía ser otro, más ceremonioso... Nunca se sabe hasta dónde puede llegar el rizar el rizo de una cualquiera «buena educación», por supuesto. En todo caso se trata de una barrera frente a la «espontaneidad»: frente al regüeldo. O sea: a la «sinceridad».

Dios me libre de que el lector me malentenda y crea que postulo la «hipocresía», por ejemplo. Entre la «buena educación» y la «hipocresía» hay una simbiosis histórica tan palpitable y afectuosa que casi se traduce en identidad. El vocabulario disponible permite otras suposiciones: el «disimulo», sin ir más lejos, o la «mentira» resuelta, yendo más allá. Por este camino derivamos a una casuística inacabable. Personalmente opino que es un mal camino, si se pretende un análisis circunspecto. La cuestión es de léxico: «hipocresía», «disimulo», «mentira» son palabras teñidas de desdén o de asco, y de ello son los primeros en aprovecharse los hipócritas, los simuladores y los embusteros. Todo eso pertenece al ámbito de algún pecado capital. Todavía. Me inclino por las suaves soluciones de un cinismo —«cinismo» sería— elemental: el de una convivencia provisionalmente apacible. La «buena educación» podría ser una manera de atenuar nuestras mutuas y alegres ferocidades instintivas. No se trata de que nos tratemos de «usted», como padres y padrinos en mi pueblo, antaño. Pero si somos honrados tenemos que admitir que cada objetivo aplicado al enemigo comporta una carga de conivencias, de complicidades éticas, que precisamente proceden de sus premisas más negras. Estoy hablando desde el lado liberal, claro está. En un intercambio de injurias, el que se erige en «puritano» lleva las de ganar. De cara a la galería.

Buena, admirable es la «sinceridad», sin duda. Pero hay que saber administrarla. Me estoy refiriendo a las eventualidades pequeñas y rutinarias de la relación cotidiana. La política es otro asunto. Aunque, a veces, lo uno y lo otro se entremezcla y confunde. Lo que importa es salvar la «convivencia»: ese roce diario. Nada hay más precario, en definitiva, que la «convivencia». Ni más inevitable y perdurable. Por la cuenta que nos tiene, hemos de «convivir»: ir tirando. Sigo dejando de lado las connotaciones básicas, de tipo social, que un día u otro puedan coagularse en crispaciones agresivas. Me limito a denunciar el riesgo de la intemperancia «sincera». Sólo una estolidez sin remedio la excusaría.

Nosotros solos somos los buenos, nosotros solos, ni más ni menos,

escribió alguien, con una rima —¿un «ripio»?— y una ironía literalmente encomiables... Los que no compartimos estas joviales seguridades preferimos pensar que un enfrentamiento de «sinceridades» será, fatalmente, un maratón de chismes ignominiosos. Y, como la ignominia, al igual que la risa, va por barrios... Lo malo es que, en las polémicas, siempre hay alguien que tiene la sartén por el mango, y su escupitajo o su bromita se benefician del vitriolo «moral» más arcaico... Entre el «sincero» ingenuo y el falso «sincero» torvamente descarado surge el apremio de tirar de la manta, que es otra especie elemental de «sinceridad». El canibalismo resultante pone piel de gallina. Y menos mal si el saldo es positivo...

Joan FUSTER

desde luego... **Corbero**

Corbero

la marca de prestigio



cocinas
frigoríficos
calentadores

SI USTED BEBE CAFE EN CASA

Si usted vende o tuesta el café

Si usted vende artículos de menaje

Estará interesado por nuestro NUEVO sistema MODERNO de hacer su café.
Es imprescindible que nos visite en SALON HOGAROTEL

Palacio 3 Sector A Stand 213

CAFEDORO